

—¡Oh! sí, puede usted preguntarme.

—Decia yo..... preguntar á usted si podria yo en fin, conseguir que usted me ame.

—Usted lo sabe, señor..... yo no puedo decir.....

—Porque, oiga usted..... creo que Sanchez.....

—¡Oh! Sanchez! Sanchez! dijo Ketty con cierto enfado, Sanchez tienc malos negocios y no hace pagos este mes; Sanchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá á visitar á usted?

—Sí señor, Sanchez puede venir, pero el señor Sanchez no es amigo mio, yo lo recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto Don Aristeo necesitaba para ser feliz y solo pensaba que el tiempo era precioso y que no debia sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posicion con respecto á Ketty.

CAPITULO XXVII.

SIGUE LA TRIBULACION DE SANCHEZ Y EMPIEZA LA DE DOÑA ZEFERINA.



UY poco tiempo tardó Sanchez en convencerse de que Amalia lo habia abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya habia combinado no sabemos cuantos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

“Sanchez.

“Todo ha concluido entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi

resolucion es irrevocable; resuelta á todo, espero impasible cuanto pueda sobrevenirme. Doy á usted las gracias por no haber querido nunca legalizar nuestra union, pues esto seria hoy un lazo que tendria que respetar á pesar mio. Sea usted feliz y adios para siempre."

"Amalia."

Estaba reservado á Sanchez este momento para conocer todo lo que amaba á Amalia, y sentia la mas amarga desazon al considerarse abandonado sin remedio.

Conoció que de todos los golpes que le esperaban, este sin duda era el que lo afectaba mas profundamente, y se entregó al mas íntimo y amargo dolor.

Don Aristeo lo encontró llorando.

—¡Compadre! exclamó al verlo entrar, soy muy desgraciado.

Don Aristeo se encogió de hombros, pero se sentó á su lado.

—Vamos á ver, compadre, ¿porqué se afiije usted de ese modo?

—Porque no puedo conformarme con lo que me pasa, y quiero tentar todos los medios antes de tomar una resolucion desesperada.

—¿Pues qué es lo que quiere usted hacer?

—En primer lugar, averiguar dónde está Amalia y luego, que usted, compadre, la vea, ofreciéndole que le daré garantías de paz y seguridades para el porvenir; pue-

LAS SAMONAS.



Villasana.

Lit. E. Cumpido y C^{da}

Salvador estaba inmóvil.

de usted hacerle patente que con respecto á Ketty, no hay nada ya, y aun pudiera usted hacerle creer que he dado este paso por conciliar la tranquilidad doméstica.

—Está bien, compadre, haré todo lo que usted me ordene y veremos si consigo algo favorable.

—Y sobre todo, antes que se sepa; figúrese usted, compadre, qué papel haré diciendo que Amalia me ha abandonado; y luego, en momentos en que mis negocios andan mal: ofrézcale usted, compadre, cuanto quiera, y pase usted á mi nombre por todo, consiga usted que tengamos una conferencia.

—Pero piénselo usted bien, compadre: el paso que ha dado Amalia, es de tal naturaleza, que en mi concepto no debía usted promover un avenimiento.

—Si solo atendiera á mi dignidad ultrajada, seria así; pero hay algo superior á todo, y es, que la amo: compadre, la amo sin que yo mismo haya podido darme cuenta de lo inmenso de este amor, sino hasta el momento de perderlo.

—En todo caso, dijo Don Aristeo, mi opinion es, que no debe hacerse nada precipitadamente, ni tomar resolucion alguna en estos momentos de efervescencia y de ceguedad: yo le ofrezco á usted solemnemente averiguar como están las cosas y le daré á usted cuantas noticias sean conducentes, para que en vista de ellas tome usted su resolucion, y que en todo caso, ésta sea bien meditada y prudente.

Mucho trabajo costó á Don Aristeo hacer desistir á

Sanchez de sus proyectos, y solo despues de una larga y acalorada discusion, logró que aceptara sus consejos de manejaree con prudencia, para lo cual se pusieron de acuerdo los dos compadres en que, á reserva de áveriguar el paradero de Amalia, y las circunstancias de su fuga, se corriera la voz de que, de acuerdo con la familia, estaba mudando temperamento en Tacubaya ó en cualquiera de los pueblos de los alrededores de la capital.

Esta reserva que á Sanchez y á Don Aristeo les pareció de fácil salida, fué de todo punto imposible tratándose de doña Felipa, de doña Anita y sobre todo, de doña Zeferina, quien no tardó en presentarse á la hora del chocolate, muy atribulada por supuesto, y llena de afliccion por aquel ruidoso acontecimiento.

—Ahogándome, Felipita, ahogándome; pero ya sabes que en tratándose de un cuidado soy la primera; con que... ¿qué tal va de pesadumbre? ya me figuro como estará esta casa; crea usted Felipita, que no he podido pensar en otra cosa. Yo estaba muy quitada de la pena en casa de las Rodriguez, cuando me dice doña Juanita:—¿qué dice usted, doña Zeferina de mi alma, la desgracia del señor Sanchez?—¡Ave María Purísima! ¿qué desgracia? pregunté yo muerta de susto.—¿qué desgracia ha de ser, será posible que usted no sepa nada siendo de la casa?—Pues no sé nada.—¡Ande usted, me dijo doña Juanita, pues la cosa es séria! Figúrese usted que Amalia se ha salido de su casa!—¡Es posible!—Y poderoso, me contestó

doña Juanita, como usted lo oye, mi alma; y se habrá usted quedado de una pieza como yo me quedé. Y positivamente me quede como si me hubieran echado encima un jarro de agua fria; pero considerando como estaria usted, me vine en el momento, haciendo hasta la grosería de dejarles el chocolate en el cuerpo, porque ya lo habian mandado hacer.

Doña Zeferina no se hubiera perdonado nunca tomar resuello antes de concluir su parlamento con el pedimento del chocolate; pero redondeado ya su discurso con aquel incidente esencial, esperó tranquila á que doña Felipa tomara la palabra.

—Pues ya debe usted figurarse como estaré, doña Zeferina, porque de esta hecha, adios casa, adios comodidades, adios todo; ¡solo Dios sabe lo que nos espera!

—¿Y qué se fué sola doña Amalia?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía.

—La cosa no tiene mucho que pensarse, crealo usted, doña Felipita; nosotras nunca nos vamos solas. ¿Venía D. Ricardo todas las noches? pues con D. Ricardo se fué; no hay que dudarle.

—Sí; pero eso no pasa de una suposicion.

—Ya se ve que es una suposicion; ¡ni como me habia yo de atrever á asegurarlo ni á darlo por hecho! pero en fin, de algo le han de servir á uno los años que ha vivido y las cosas que ha visto.

—¡Por de contado!

—Y el pobrecito de su hermano de usted ¿qué tal estará, muy apesadumbrado? ¿ó no?

—Está que no tiene consuelo.

—¡Vea usted! pues yo no lo hubiera creído; ya sabe usted, por aquello de la extrangera.

—Pero eso, ya acabó.

—¡Ya acabó! ¡Bendito sea Dios! tengo eso mas que agradecerle á mi Santo Señor del Buen Despacho, porque, crealo usted, doña Felipita, yo no me olvido de nadie en mis oraciones; y aunque mala y pecadora, todavía no estoy tan mal parada con algunos santos de mi devocion, que me hacen cada dia nuevos milagros; todo por la infinita misericordia divina. ¡Vaya, mi alma! con qué no hay mal que por bien no venga, y bien vengas mal si bienes solo, porque de que á una se le juntan, es cosa de morirse. Y dígame usted..... ya sabe usted lo que son las gentes, que tienen una lengua que hasta miedo da, ¿será cierto que el señor Sanchez, su hermanito de usted, está el pobrecito muy mal en sus negocios?

—¿Quién le ha dicho á usted?

—Eso si que no puedo decir, porque ya sabe usted mi sistema, mi alma, el pecado se dice, pero no el pecador. Y á todo esto: ¿qué dice de esta desgracia el señor don Aristeo?

—Figúreselo usted al pobre tan corto de espíritu; es cosa que habla solo, y ni come, todos los dias se viste y se sale á la calle, porque anda muy ocupado en los nego-

cios de mi hermano, á tal grado que hasta de noche sale, y ya recordará usted, esto no lo hacia nunca.

—¡Pobre de D. Aristeo! ¡es tan bueno! Y vea usted, yo nunca creí que consiguiera quitarle al señor Sanchez el quebradero de cabeza; es buena, que me eché á reir cuando me dijo que iba á ver á esa señora.

—Pues hasta ese sacrificio ha hecho el pobre de don Aristeo.

—¡Y vaya si es sacrificio tratar de buenas á primeras con una muger de esas sin religion y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo á usted que ya no se puede vivir sin tener por delante mas de cuatro ojos que la fiscalicen á una sus acciones!

Doña Zeferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando á la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.